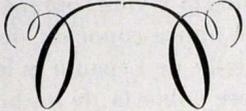
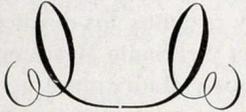


SINTESIS DE LA BATALLA DE



LEPANTO



Por Teodoro FERNANDEZ

RECORDAR la gesta inmortal de Lepanto en su cuarto centenario es un serio deber religioso y patriótico. No para vestirse vanidosamente con glorias que otros merecieron, sino por justo reconocimiento y gratitud a quienes se hicieron acreedores con la gloriosa epopeya que asombró al mundo de la historia.

Si unos admiran la pericia y bravura del arte bélico, todos deben reconocer y aplaudir la acendrada fe y hondo espíritu de solidaridad cristiana que apretaba los cuerpos y hermanaba las almas.

Falta un estudio sereno y profundo de la más fuerte motivación y auténtico sentido teológico que enmarcó la génesis y organización de la providencial empresa naval.

Un enemigo común amenazaba el occidente cristiano. El Pontífice palpaba la inminente tragedia del peligro turco, y se sentía impelido a agotar todos los esfuerzos para lograr una coalición entre los pueblos católicos en defensa de la fe.

Europa estaba agrietada por la herejía. Roma se había quedado empobrecida. Venecia desconfiaba. Francia, envidiosa y oportunista,

jugaba con el enemigo. Alemania estaba dolorida por la escisión religiosa. Sólo España era el gran coloso que podía arremeter contra el formidable y amenazante invasor. Felipe II tenía el mejor ejército del mundo y sus bravos soldados eran los únicos capaces de aniquilar el poderoso rival.

Pío V, Papa santo, demandó por medios diplomáticos la integración del monarca español en una Liga santa que defendiese la cristiandad. Mas preocupaciones familiares, alborotos moriscos y problemas al otro lado del Atlántico, obligaron a demorar la respuesta generosa al insistente ruego pontificio.

Serenado el horizonte y liberado de las angustias familiares por la compasiva muerte de su hijo, aquejado de incurable enfermedad, brindó el católico Felipe II toda su ayuda a la magna empresa salvadora.

Respiró entonces el ilusionado Papa y la cristiandad contempló jubilosa una refulgente esperanza. Aunque no faltaron intentos boicoteadores.

A 20 de Mayo de 1570 firmaron los plenipotenciarios. Y el 25 se publicaron las capitulaciones. La generosidad del monarca hispano quedó patente con palabras y cifras. El Papa respondía de una sexta parte de los gastos. Venecia de dos sextas partes y España aportaría la mitad del total, porque sabía que iba a una guerra santa, pero dura y cruel.

La motivación religiosa hizo surgir espléndida floración de voluntarios con ímpetu arrollador.

Desde el primer momento fue aceptado como generalísimo el joven príncipe, apuesto y galante, don Juan de Austria, con solo 24 años en su esbelta y hermosa figura. Genial e intuitivo, avisado y creyente, con innegable audacia imperial, como la sangre que nutría sus venas. Un avezado equipo de expertos le respaldaba con ilusión. Su bravo ejército constaba de 31.000 soldados de primera línea: 2.000 del Papa, 8.000 de Venecia y 21.000 de España, siempre generosa y espléndida.

La organización de la arriesgada y compleja armada fue necesariamente lenta y costosa. No se podía menospreciar detalle, porque todo era importante.

La nave capitana ocupada por el generalísimo precisaba seguridad y garantía singular, porque lucharía más que las otras. Se llamó la *Real*. Requería una advocación religiosa. Si hubo duda, triunfó la españolísima devoción mariana, cuyos títulos proliferan en nuestra geografía formando un cielo invertido de brillantes santuarios de

la Virgen. Y la *Real* recibió su estandarte bordado y pintado que ostentaba la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe.

Sin duda fue irrevocable decisión del gran monarca, Felipe II, ferviente enamorado de la excelsa Patrona de Extremadura, tan devotamente visitada y recordada en los momentos trascendentales de regía vida.

El ejército, más que de soldados, parecía de invencibles cruzados. Hoy resultará insólito y hasta se recordará con gesto suavemente irónico. Pero aquellos bravos cristianos se prepararon sacramentalmente para afrontar el riesgo de morir. Tres días de ejercicios espirituales, luego confesión y comunión. Los Jefes daban ejemplo de fe y devoción. Morir por un ideal santo era el más noble y bello morir.

El santo Pontífice no podía reprimir su emoción. Con frases proféticas animaba y bendecía augurando el triunfo por singular protección divina. Don Juan de Austria se sintió contagiado de aquella obsesión profética y triunfalista. Supo imponer a todos este entusiasmo y celestial seguridad hasta merecer la asombrosa victoria.

Todo dispuesto, partieron las naves hacia la más temeraria aventura. Los hombres llevaban un pensamiento en el alma y una plegaria en los labios: Por Dios y Santa María.

— o —

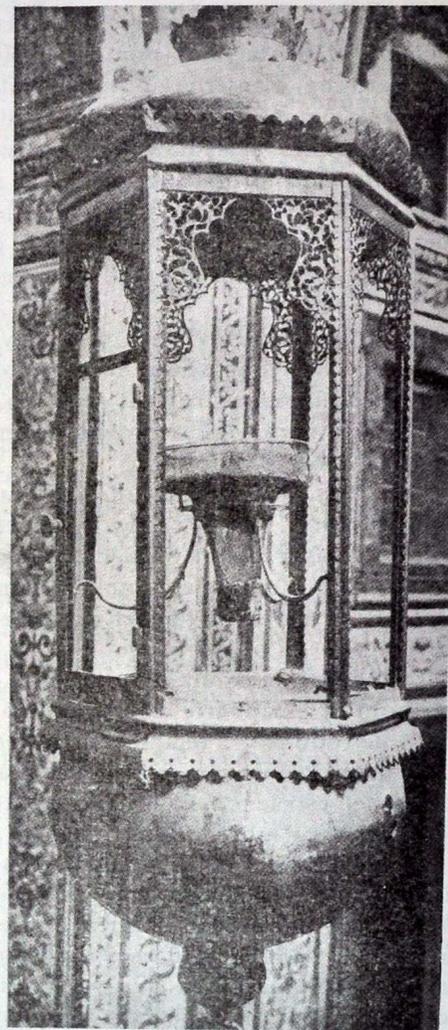
Día grande en el tiempo, la gloria y el heroísmo fue el 7 de Octubre de 1571. Vale por todo un reinado y merece ser historiado con ilusión.

Y aún le pareció corto al joven don Juan de Austria y lo empalmó la precedente madrugada. Antes que la aurora besara las cumbres de Morea, su escuadra marchaba con impaciente bravura hacia el golfo de la inmortalidad.

La vanguardia divisó una flotilla enemiga que huyó rápida. Don Juan ordenó tocar el arma. Algunos generales le aconsejaron prudencia y esperar en posición defensiva. Mas el ardiente caudillo, en tono imperial, como sus angres, cortó secamente: «¡Ya pasó el tiempo de las consultas! ¡Ahora es tiempo de obedecer y pelear!...»

Reinaba un clima de intenso fervor religioso en las almas y en los cuerpos vibraba el coraje. En su última revista, don Juan arengó así a los españoles: «Hijos, a vencer hemos venido, o a morir, si Dios lo quiere... pero vivos o muertos alcanzaréis la gloria y la inmortalidad».

Sensatos historiadores motivan aquellas decisiones en providen-



Fanal de la Capitana turca que se conserva en Guadalupe

ciales inspiraciones del cielo. Porque fueron muchas las geniales soluciones con que don Juan salvó las complejas circunstancias de aquel milagroso día.

Hoy parecen proféticos los sabios consejos de don García de Toledo, sobre el modo de presentar la lucha al enemigo para tentarle a huir por tierra. También se hizo realidad aquello de que Dios

ayuda a quien madruga. Avezados hombres del mar y la tierra asesoraban al joven caudillo. Basta citar nombres: Alvaro de Bazán, Andrea Doria, Juan Cardona, Vaniero, Colonna, y otros muchos.

Nombres geográficos como Morea, Etolia, Aspropótamos, se hicieron universales aquel día. Diez de la Mañana y las escuadras una frente a otra. La cristiana formaba gran muralla de barcos mirando al interior del golfo de Lepanto. Y la turca dentro, embotellada. Aunque superior en número, con desfavorable posición por la barrera que formó el inteligente Austria para evitar el ataque por la espalda.

Dos colosos frente a frente. Gravísimo peligro y durísima tensión en jefes y soldados. Don Juan sintió el inevitable temor, pero era hombre de fe. Y, arrodillándose, besó el crucifijo, recitó ferviente súplica, y, levantándose confortado, ordenó tajante y optimista: «En nombre de Dios, a luchar y vencer».

Recorriendo la escuadra, acompañado de don Luis de Córdoba y Juan de Soto, su secretario, arengó a los hombres de los viejos tercios con estas iluminadas frases: «¡Soldados valerosos, tenéis el tiempo que deseáis; lo que me toca cumpliré; humillad la soberbia del enemigo; alcanzad gloria en tan religiosa pelea, viviendo y muriendo siempre vencedores, pues iréis al cielo».

Lanzó el primer cañonazo la capitana turca. Don Juan respondió desde la Real, enarboló el estandarte con el crucifijo de la Santa Liga, cayeron todos de rodillas y, recibiendo la absolución de sus pecados para luchar hasta vencer o morir, empezó la lucha.

A las pocas horas el estruendo causaba espanto y confusión. Disparos, sangre, estragos y muerte. Las naves se acercaron. Los cristianos arrancaron los espolones de sus galeras para tirar a quemarropa. Más explosiones, alaridos, sangre y muerte.

Los enemigos intentaron romper la línea por el ala izquierda cristiana para salir a mar abierto. Allí estaba el general Barbarigo que se lanzó contra la capitana turca que respondió con bravura entablándose ercarnizada lucha. Un balazo dejó fuera de combate al insigne general cristiano. Le substituyó Nani, reanimando la pelea. Canale hundió la capitana de Sirocco. Llegan galeras españolas con ansia de venganza. Ruido, fuego, sangre y humo hicieron espantoso aquel titánico esfuerzo. Ardían las naves, turcos caían acuchillados. Y surgió Cristóbal Suárez como titán de aquella tragedia.

Al extremo derecho se encontraba Doria agotado esperando anhelante un refuerzo. El corsario Uluch Alí le atacó con salvaje ferocidad para abrir brecha y salir al ancho mar. Doria se percató, y

apoyado en el supervalor hispano, se lanzó con bravura y coraje. Lucha dramática. Llovían flechas, granadas y arcabuzazos. Caían los hombres degollados por los turcos. Todo parecía perdido para los cristianos. De pronto la galera española «Guzmana» aparece vomitando fuego y arrasando vidas. El refuerzo animó a los cristianos hasta que llegó don Alvaro de Bazán como huracán rabioso, dominando las aguas, el fuego y derrochando valor. Incendia las galeras de Uluch Alí con montones de cadáveres y el mar se torna un cementerio.

Llegó la «Imperial» mandada por Juan Angulo, y Doria ataca de nuevo a la capitana turca apresando gran número de enemigos. Uluch se acobardó y ordenó retirada.

Don Juan luchaba en el centro sin olvidar los refuerzos a izquierda y derecha. Frente a él la nave capitana turca, algo remisa, esperando romper la barrera cristiana embolsando el núcleo central para atacarle por todas partes. Pero estaba prevista esta contingencia y las alas eran casi imbatibles. Entonces se lanzaron a un ataque de frente. Fue un choque tremendo. El espolón de la turca llegó al tercer banco de la Real. Esta se despojó de su propio espolón y combinando los cañones con la mosquetería, destruyó la proa enemiga dejando al descubierto la masa de jenizaros y lanzando una lluvia de metralla que devoraba sus vidas. Espada en mano entraron al asalto y a degüello. Se retiraron para reforzarse y repetir el asalto llegando como huracán desolador. Un intento turco de cerrar la bolsa agravó el peligro, que fué rechazado heroicamente por D. Juan de Cardona, con el sacrificio de 500 vidas.

Padilla arrasó cuatro galeras. Prendió Requesens a los hijos de Alí. Bazán corría de una parte a otra. El combate era horroroso, sin poder precisar de quien sería el triunfo. Por todas partes fuego, destrozos, gritos, sangre y cadáveres. Temor y esperanza, rabia y coraje, tesón y furia. El mar parecía un infierno envuelto en llamas, humo y confusión. Era media tarde, y todo indeciso y oscuro. Muchas bajas, más destrozos y menos fuerzas.

Entonces el joven Austria decidió jugárselo todo intentando rendir al caudillo otomano que llevaba dos horas atacando la Real. Don Juan luchaba personalmente. Y con él el conde de Priego, don Luis de Córdoba, don Rodrigo de Benavides, don Juan de Guzmán, Diaz de Mendoza y Felipe de Heredia. Pidió a todos un arriesgado y definitivo esfuerzo y atacaron de frente con bravura ibérica. Y el éxito les siguió generoso. Cayeron varios jefes enemigos y un cierto disparo segó la vida de Alí Bajá. Un soldado cortó la cabeza y la

presentó al valeroso Austria, colgada en la punta de su lanza. Así se decidió el triunfo y empezó el fin de Lepanto, la mayor gloria de la Europa cristiana.

Al conocer desde la Real la cabeza de Alí Bajá, se oyó un estruendoso grito: ¡Victoria! Y cayó el pendón de Sanjac para alzarse la imagen del Crucificado. La escena quebró toda esperanza en los turcos. Les envolvió el desaliento.

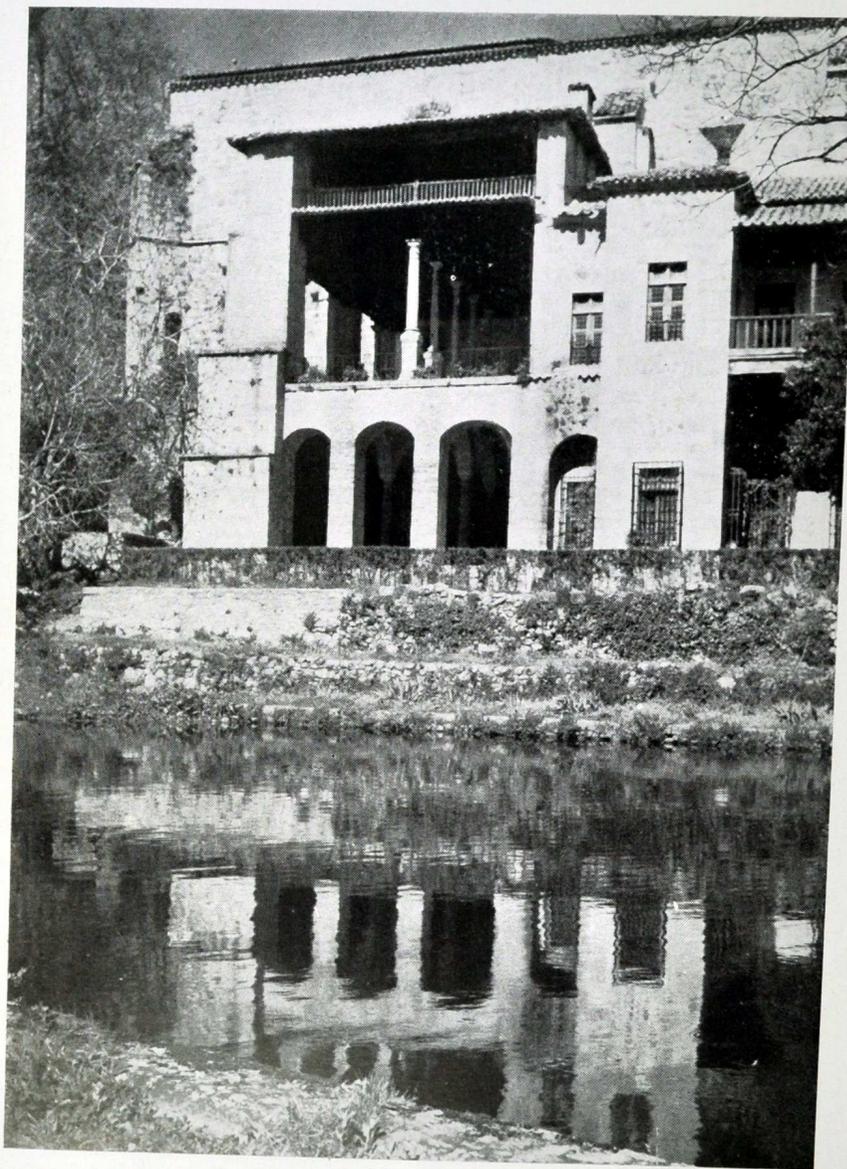
Pero aún se alargó la lucha dos horas. Surgieron nuevos caudillos. El bajá Caracush resistía con heroísmo, aunque impotente para oponerse a la bravura del capitán Juan Bautista Cortés.

Merece destacarse la eficaz ayuda de los remeros de las galeras enemigas al ser hechos cautivos por los cristianos. Su actitud fué decisiva en algunos momentos boicoteando órdenes, sumándose a los cristianos asaltantes y facilitando el saqueo de los barcos y la caída de muchos jefes turcos.

El último reducto fué el ala derecha, donde se refugió el astuto Uluch Alí con buen número de galeras para atacar las ya cansadas y obstaculizadas de D. Juan.

Mas el intrépido Juan de Cardona, con sólo ocho galeras, le persiguió con furioso entusiasmo hasta que, destrozada gran parte de las unidades turcas, logró que el corsario desapareciera protegido por la sombra de una tormenta y la incipiente oscuridad de la noche.

Al otro lado, en el ala izquierda, cansado, con fiebre, esperaba en la galera *La Marquesa* el inmortal Cervantes.



El Monasterio de Yuste, testigo de la infancia del Caudillo de Lepanto